

X

LO QUE NECESITABA DIOGENES.

A Agustín Basave, con mi devoción y afecto.

Diógenes, en pleno día, llevaba una lámpara encendida y la acercaba a todos los rostros con marcada insolencia.

--¿Qué quieres?--le preguntó un anciano.

Y Diógenes, iluminándole la cara, le contestó en tono insultante:

--Busco un hombre.

El anciano se estremeció de cólera; pero dominando sus nervios le preguntó con dulzura:

--¿Y qué entiendes tú por un hombre?

--Tú bien lo sabes-- contestó Diógenes con sarcasmo cruel--
--¡Un hombre! Lo que tú no eres; lo que nadie es en medio de esa agitada muchedumbre.

pe
--¿Pero en realidad andas buscando un hombre?-- volvió a preguntar serenamente el anciano--A mi modo de ver, lo único que tú haces es mofarte de todos aquellos que encuentras a tu paso. Tal parece que te solazas en sorprender defectos para poder decirle a todos que no valen absolutamente nada. Quizás el día que encuentres al ser perfecto en tu camino, apagues tu linterna con dolor porque se te acabará el pretexto de injuriar a tus semejantes.

--¡Mientes!-- contestó el cínico.--Busco la grandeza para prosternarme ante ella y gozar con su contemplación, y no tengo la culpa que los pequeños se sientan humillados ante mi criterio inflexible que no puede transigir con la mediocridad,

--No necesitas transigir con nadie: lo que en realidad se impone es que busques virtudes y no imperfecciones. Vivimos en una época venturosa en la que junto con el crepúsculo de muchos espíritus inmensos, coincide la aurora radiante de genios extraordinarios. Yo traté personalmente en mi juventud al divino Eurípides, y a su terrible censor Aristofanes. ¿Y qué me dices de Pericles, y de Tucídides, y de Sócrates? ¿Ninguno de ellos te parece que llevara en el alma, el relámpago de la divinidad?

--No hablemos del pasado sino del presente-- replicó Diógenes.--Considera que no ando buscando un hombre, en medio de las tumbas de un cementerio, sino al través de las muchedumbres vivientes.

--También hoy viven hombres que nunca morirán.-- contestó el anciano con tono vigoroso. Tú conociste a Platón y debes aún conocer a Aristóteles. ¿Cuándo, el pensamiento humano ha tenido fulguraciones como las tuyas? ¿No frecuentaste alguna vez en Atenas, el trato amable de Apolodoro, del bondadoso Kritó, del sabio Eryximaco, del ingenioso Fedro y del retórico Gorgias? ¿No te conmovió jamás la argumentación terrible de Esquilo, la elocuencia sobria de Isócrates, el verbo cálido de Xenofonte?

--No busco la grandeza en la sabiduría.

--Entonces, embelésate con los mármoles de Scopas y Práxiteles, superiores a todos los que se hayan esculpido en el pasado.

--Tampoco me impresionan las artes plásticas.

--Si eres admirador de la acción-- replicó el anciano, nunca los tiempos contemplaron una lucha tan gloriosa como la que en nuestros tiempos desarrollara en contra del imperio macedonio, la terquedad heroica de Demóstenes. Y si no te conmueve la elocuencia avasalladora del tábano tebano; si su vida dedicada exclusivamente a un ideal, no te parece digna de devoción, ¡que te impresione su muerte, que a semejanza de la de Sarpedón, debe haber hecho llorar a los dioses...!

--Tampoco allí encuentro la grandeza.

--Alejandro sí te debe conmover. Es más valiente que Aquiles y más astuto que Odiseo. Libertó las ciudades griegas del Asia Menor del dominio persa y tú como natural de Sinope, se lo debes agradecer. Además sus victorias del Granico y de Iso son más gloriosas que los mismos trabajos de Herakles y la guerra contra los centauros de Tesalia. *Teseo.*

--Sí, conozco a Alejandro, y hasta me quizo favorecer --contestó Diógenes.-- pero no me ha fascinado como a tí.

--¿Y porqué?-- replicó el anciano sin levantar el tono de su voz. --Porque ya insuflaste tu alma con el deseo de encontrar el mundo torcido y defectuoso. Estás ciego de vanidad e insolencia y por eso no te llega la luz. Ni con esa linterna ni con el mismo sol podrás encontrar una virtud humana.

--No la encuentro porque no existe. Yo pido un hombre completo y tú solo me hablas de detalles.

--¿Y qué te importa que sean detalles si son sublimes? ¿Para qué quieres el conjunto, si en el fragmento, palpita la grandeza y la hermosura? ¡Pobre de tí! Te me figuras como alguien que después de untarse las narices con unguentos fétidos, penetrase a un jardín suntuoso, en donde junto a los rosales más fragantes, creciesen verdes albahacas, rojos claveles, pálidos alelíes, blancos jasmínes, alhucemas cuajadas de florecillas azules. ¿De qué te serviría que el ambiente del vergel estuviese impregnado de perfumes, si tú mismo te habías obstruido el olfato con pestíferos hedores para que no te llegasen los aromas celestes? Eso mismo te pasa a tí con la grandeza: no la encuentras porque tú mismo te has envuelto en una asfixiante pequeñez.

Y el anciano continuó con acento inspirado:

--Buscas un ~~hombre~~ hombre. ¿Y para qué lo quieres? Procura encontrarlo dentro de tí mismo y eso te bastará para descifrar el secreto de la vida. De tu propio corazón debes sacar la fuerza necesaria para admirar la fuerza de tus semejantes. El hombre que

deseas hallar, palpita y alienta en tu interior: el hecho de que lo andes buscando por el mundo indica que te hace falta, es decir que tú mismo no eres aún "el hombre" que pretendes encontrar en los demás.

Y Diógenes, por primera vez exploró su interior; y al encontrar "el hombre" dentro de su ser, advirtió maravillado que encontraba también "un hombre" en todos los demás. Su alma, envuelta en brumas, se fué despejando hasta que en ella penetraron los débiles resplandores de las más lejanas estrellas....

Y volviéndose al anciano, exclamó jubiloso:

--Tú eres el hombre que buscaba.

--Sí creo serlo,--contestó aquél,--pero para que tú lo hayas advertido, es que ya también tú eres un hombre.

Y-Diógenes apagó la linterna, porque advirtió que su corazón ardía como si fuese una antorcha.....

Guadalajara, Enero de 1936

Nemesio Acuña Navarri

de Monterrey